1

Los tres besos

233757



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233757

47/1505054

Los tres besos y medio

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—No quiero más bailes de esos ¡ea!

—Pues yo de los otros ¡naranjas!

—No me hables de fruta del tiempo: que te miro al soslayo y me siento con ganas de ser muy bruto.

—¡Veamos! ¿Es que bailo con poco garbo?

—No es eso.

—¿Es que meneo mal y sin gusto?

—Tampoco es eso, precisamente.

—Entonces: es que mis carnes te resultan fofas o mal contorneadas o mal distribuidas sobre mi cuerpo?

—¡Moño! Que no das con la *incónita*.

—Se dice «incógnita», con *g*.

—Déjate de garambainas... A un tabernero como yo, o extabernero no le vayas con perfiles ni con letras más o menos. Al asunto. A mí las multas de la *autoridad* u lo que sea me están partiendo por el eje, y

R. 3224206

el día que me dé el mal vino.

—No si *Malvino* no te dará en ninguna parte, porque es amante mío y no me zurra más que a mí y eso cuando a mí se me antoja. ¿Ves? Cuando, pongo por caso, me coloco así en jarras; bien enarcada y saliente la grupa que Dios me ha dado.

—¡Ay, que popa!... ¡Pepa!

—Cuando me voy alzando las faldas con esta, y con esta otra me sacudo así ¡chás! ¡chás! hasta que suena como un par de manguzás de esas que no se oyen sino enjuerguistas a eso de las cuatro o las cinco de la madrugada.

—¡Sigue! Sigue... Que me tiés atontolinao y hecho un puro repollo, a fuerza de nulo y sin fuerzas cuando contemplo esas protuberancias tan desarrollás.

—Pues cuando Malvino, que no trae precisamente *mal vino* como tú dices; sino mala manzanilla, casi siempre, cuando él me ve con la tuber... culosis casi al aire, ¡así!

—¡Pepa! ¡Pepona!!

—Entonces se excita, se encalabrina, como dándole un ramalazo de locura y entonces es cuando me atiza ¡ay!

—¡Gimoteas! Pero ¿encima que te atiza te gusta?...

—¡Ya lo creo!... En eso de sacudir el

parche ¿crees tú, marído bragazas... que?...

—¡Eh! ¡Ojo! Epitetos no, desdoran.

—Yo a tí te *epiteteo* lo que me sale de los riñones, y tú te achantas y ¡ná! que tu te quedas más espatarrao que la estátua de Goya el del Prado.

—¡Cuidao que eres despreocupá, Pepa!.. Si no fuera por tu físico, que lo *tiés* como pa pedir los santos óleos, te molía a golpes ahorita mismo, como si yo fuera Malvino ¡míalas! ¡por esas!

—Boceras y bragazas sí que lo eres y ná más... Total, agua tibia, de esa pa enjabonar a los parroquianos de la barbería.

—Mira ¡que te sacudo, Pepa!

—¡Quiá! ¡Sacudían!

—Hazte cuenta que no me conoces del tóo... ¡Te lo prevengo!

—¡Méntira! Tú eres un tabernero con asaura... y ¡te la pisas!

Zumbaron el aire tres bastonazos que fueron a caer encima de las exhuberantes nalgas, cuyo volumen magestuoso y casi apocalíptico, escorzábase valiente bajo el sútil tegido de la camisola, puesto que Pepa había conservado la actitud que estaba describiendo, digna de un cuadrito de esos que hacen época.

Pero ¡oh! ¡prodigio! Si serian duras y resistentes aquellas carnes, que la vara de

acebuche, con puño de perro dogo, que usaba comunmente Nicasio, el dueño del cabaret, resbaló encima de aquella pétrea superficie y cayéndosele de la mano vino a dar en la espalda de un gato, leonado con pintas rojas, que mayó razonablemente al sentir el golpe inesperado.

—¡Je! ¡jé! ¡jé!... ¿Ves, bobalicón? Es el minino quien se queja: yo me sigo sonriendo de tí. de tu bastón y del perro que le adorna. Este, el gato y tú ¡tos sois unos!... ¡Puah!

Entonces fué cuando dejó caer otra vez las ropas que cubrían aquella maravilla de posterior carnoso y bien oliente.

Pero la risita de ella no era satisfactoria, sino más bien de despecho y de coraje ante su poco éxito en el intento de ser zurrada por su marido.

Pepa era una de esas ¡qué se le va a hacer!

Acaso los especialistas las llaman neuróticas, ninfómanas o simplemente «desequilibradas del nervio erótico», que es un nervio como cualquiera otro a mi entender y del cual no se han ocupado aún los neurópatas o los otros doctores a la moderna.

Gustábala enormemente que la flagelaran: tal era el volumen de su posterior que

éste constituía para ella soberbio receptáculo de sensaciones morbosas, cuanto espasmódicas de lo más extremado que se ha visto.

Pepa y una damisela francesa, (que usó traje masculino casi continuamente, al menos para actuar en en sus aventuras libertinas de género ambigüo para muchos), conocíeronse en un bazar de ropas hechas donde ambas servían en calidad de oficialas.

En sus ratos de ocio Mimí (la francesita) probábase trajes y más trajes de hombre, escogiendo los que por sus medidas juzgaba más apropiados a su talla. Y entre poner y quitar, a lo que la ayudaba la Pepa, que por sí misma ya resultaba un temperamento naturalmente cachondo, propinábanse a menudo manotazos mútuos en sus prominentes grupas, lo que fué haciéndose más de su gusto a cada prenda que se probaba la extranjera, hasta llegar a no poderse pasar sin sus ocho o diez palizas, entre el día y la noche (luego en el solitario retiro de su alcoba), pues hasta dormían juntas.

II

El *Cabaret* llamado pomposamente *Souper Chottis*, estaba concurridísimo aquella noche, como de un sábado de Mayo risueño y sereno.

Los hermanos *Saltamontitos*, que no eran tales hermanos, y si acaso, hermanos de leche, a lo sumo, hacían verdaderas filigranas con todo aquel enjuague de tangos, *rag-times*, *one-steeps*, machichas y demás bailes al uso.

No era, sin embargo, un *cabaret* demasiado vulgar, no vayais a figuraros.

¿Qué daba alli la nota picante y original? Pues en primer lugar los trajes, semitraje ó diecíseisavo de traje que lucían las camareras.

Una pierna al aire (del todo) y otra cubierta con fina media calada color «puesta de sol» o «yema de huevo» (lo que viene a resultar un mismo tono, si bien se mira), un pecho libre de trabas, el que correspondía a la pierna cubierta y el otro pecho oculto bajo fina clámide de tegido sútil y perverso, que dejaba adivinar sobradamente lo que se pretendía ocultar.

En las paredes, *panneaux* con figuras eróticas acopladas en posturas bizarras,

de triunfo espasmódico, o simple tarea libertina en completa acción. Espejos en abundancia, que reproducían y multiplicaban los besos, pellizcos, sobos y encontronazos que eran la salsa picante y propia de aquel pequeño antro easi infernal.

—Don Anselmo ¿va por usté esta machicha?

—Como quieras, Saltamontes. Va por mí.

—El bailarín me tira más que un garfio—decía *Gelona*, la más apuesta y procaz de las camareras, que solía meterse un dedo entre los cabellos muchas noches, pensando en el guapo y postinero *Saltamontitos*.

—Pero ¿y su hermanita?

—¿Me va a tragar esa patosa? ¡Tendría que ver!

—¿Mira, Pepa este caramelo?—decía en tanto el galante don Anselmo, el viejo verde más rumboso y más alegre de todos los concurrentes al *Souper-Chottis*.

Papa tomó con dedos la golosina.

Aquel acto banal nada de particular anunciaba. Pero... Los ojos de don Anselmo seguían con interés febril la acción de Pepa: aquella mujer de pechos duros y retumbantes y de grupa enloquecedora le traía completamente fuera de sus casillas.

Así es que al ver que Pepa sin darse cuenta de lo que hacía como la cosa más natural, iba a tirar el papel de la cubierta del caramelito, don Anselmo («el tío del monóculo» como le llamaban los asiduos) pegó un codazo encima el teclado del piano, que por suerte hallábase a su alcance, con lo que hubo de atraer una irresistible mirada de la encanallada hembra.

Anselmo la indicó por señas: «¡Lée el contenido, torpona!»

Pepa leyó el doble papelito que envolvía el caramelo: «En el reservado ó te espero: »los langostinos y yo suspiramos por tus »pedazos, y ellos, como este cura, quere»mos entrar en tí, cada cual por la abertura »que le corresponda.—H.»

Aquella extravagante cita colmó los deseos a la Pepa, quien, aunque no gustaba mucho, como es del caso, de las gracias físicas del vejete, sabía que cada vez que éste la daba una cita, verbal o por escrito, caía un pápiro de cincuenta, como una bendición; eso por lo menos.

En tanto Nicasio sobaba y resobaba a Belona, ésta se dejaba hacer: ambos muy apelmazados, junto a un rincón de la derecha del salón, protegidos mitad y mitad por unas plantas tropicales y por *stor* japonés. Ella cerraba los ojos y abria sus

potencias cuanto podía, lo primero a fin de ilusionarse a sí misma de que no era el amo, sino el pianista (aquel fachendoso musiquillo que traía locas a más de cuatro) el bello Pompido, el cual a su vez flirteaba con la francesa Mimí, la que aquella noche asistió al cabaret, ávida de sensaciones femeninas, ya que las masculinas le resultaban fracaso tras fracaso; pues acababan de regañar con el dueño de una confitería, a quien por lo visto no sabía contentar del todo.

—Mira Pompido: toca atención.

El pianista puso dos dedos con fuerza sobre el teclado: *din*, *din*.

—Damas y caballeros—anunció el propio *Saltamontito*.—Mi hermanita y yo vamos a estrenar la machicha del *deshabillé*: creación nuestra.

Tras unos compases alocados, comenzó el raro número prometido. La *Saltamontito* chica cantaba con algo de vocecilla aflautada, pero simpática, mientras iban ejecutando lo que la letra indicaba.

«Veréis y cataréis ahora
»la danza enloquecedora,
»que es el *vermú* del placer
»¡danza, danza y ponte tieso
»¡pues por eso!»
»mi danza tiene que ver».

Consistía el numerito en ir quitándose, a cada tres o cuatro compases, una prenda de ropa él a ella y ella a él; de modo que entre lo picante de la musiquilla, lo excitante de la escena y los gestos con que salpimentaban aun más la extraña machicha, resultaba ésta de una fuerza lúbrica de lo más súbdito de tono de lo más original y ultramoderno que la inventiva puede concebir.

«Con mis deditos—endiabladitos
»reclamo ¡abajo
»este refajo!
»Yo con la fuerza del pulmón
»exclamo
»¡fuera el pantalón!»...

Y no precisa estereotipar aquí toda la serie de disparatadas rimas a que daban salida los labios picarescos de ambos hermanos (?).

Antes de principiar la segunda parte de la «machicha del deshabillé» ya habían quedado de manifiesto los dos limoncitos pimpantes y bellos de la danzarina; a ellos fueron raudos los labios de su pareja, después dé un par de rápidas vueltas enteras alrededor de la cabeza y cuello de la deseada.

Don Anselmo, la Pepa, Mimi, la pecadora francesita, hasta el mismo Nicasio,

dueño del local, que estaba curado de espantos, todos, ellos y los demás concurrentes, tuvieron que contenerse vivamente para no imitar a los danzarines en su tarea, modelo de libertinaje chic y ultra erótico.

Pero lo que no lo decían los labios expresábanlo, elocuentes y persuasivas, las manos de cuantos presenciaban el picante baile, pues perdíanse entre los macizos carnosos, entre los adornos más o menos rubicundos que en sus personas hallaban y la fiebre y el delirio de goces cayó allí como la lluvia de fuego sobre las ciudades bíblicas y los besos locos se multiplicaban; los acoplamientos (ficticios en su mayor parte) menudeaban. Cuando quedaron desnudos del todo ambos hermanillos (o lo que fueran que nadie lo sabía), una mano piadosa, o más bien oportunísima, dió vuelta al conmutador eléctrico; con ello el saloncillo quedó en una penumbra rojiza, que si no permitía ver, dejaba se oyeran a docenas las exclamaciones de placer, los jadeos, los quejidos y demás expansiones amorosas.

III

—Te ha gustado el caramelito, Pepa?

—Como tuyo Anselmín! Eres lo más dulzón y lo más...

—Dame tu labio, que así no podrá adularme y tendrá que sujetarse a lo que el mío ordene.

—¡Ten!—Ella entregó su coral al sesentón, haciéndose la ilusión de que era al pianista Pompido; el irresistible, (como que era una de sus preferidas).

—¡Ay! Pepa!... Recuerdas como hemos progresado en nuestras citas?

—Si, chulón mio. (Ella le había caido ahora encima a horcajadas, mostrando parte de sus pomposos muslos.

—No me prometiste que el *cuarto beso* sería aquí en tu sobaco?

—Sí mírale. (Levantóse aún más la ropa por delante y mostraba el lindo hoyuelo perfumado.

Anselmo inclinó la cabeza hacia él, con intenciones de asalto fulminante.

Pero ella cerró el brazo que le tenía levantado, subiéndose la camisa.

—Eso tiene que ser en la cuarta cita. Palabra.

—Y ¿donde?

—[illegible]a la *Tía Nasia*, ya sabes: nues-



tro nido preferido.

(Y le azotó los labios con su hociquito rojo, perverso, mal criado, como chiquillo gitano.)

Don Anselmo pasaba las *moras:* las de Caín... Se mareaba, ante tan tremubundas tentaciones.

Sus manos no permanecían quietas; lejos de ello iban resiguiendo los contornos del ampuloso y satinado mapa mundi que tenía a su alcance, en el cual cursaba la sublime geografía de Venus en Paphos; la geografía carnal.

—Ya que no quieres al menos repitamos los besos del número *dos*.

—Aquí en mis timbres de amor, rico... Bien ¡disfruta, hijo!

Con mano temblorosa, febril, y con ojos desalentados y locos por la fiebre del deseo, don Anselmo desabrochó el corpiño de la pertinaz pecadora y le separó a los lados lo suficiente para que se asomaran por completo los dos «gemelos» más libertinos y más procaces que inventó la mente de *Bocaccio*.

Dos pechos de rotundas curvas, de satinada superficie, con dos capullitos de pitimini en sus cumbres, enhiestos, magníficos.

Sobre tan halagadores montículos fué-

ronse ávidos los labios del lúbrico vejete.

—¡Basta! Ansioso!

—No basta para mí. Soy insaciable.

—Ya lo veo; y estás a la que salta.

—Si que estoy para saltar... Mírame bien y reconóceme.

—Si; estás que echas chispas...

—¿Falta una?—saltó y preguntó Belona, la pulida camarera.

—Pasa, Belona... Tú eres la que te vás a zampar las sobras del festín.

—¡Repámpano! ¿Pero ha sobrado?

—Ahí tienes. Estos bollitos de crema. Donde quieres que yo te ayude a gustarlos?

—¡Aquí!

Belona partió dos bollitos y se los puso por fragmentos uno en cada hombro y los dos restantes uno a cada lado de sus lindos y rojos labios.

Pepa en tanto había salido: pues ya había logrado poner en ebullición los humores cupidinescos de don Anselmo, el cual la había colocado entre un lacito de la fina camisa un tentador billetejo de a 25.

Belona acudía al reclamo y pensaba libar también en el rico panal de la cartera de don Anselmo.

Este aplicóse en el acto a mordisquear minuciosamente y con cierto método en

los bollitos, en los parajes ya mencionados.

Y como quiera que sus labios y su lengua (no tan ligera como en un muchacho para aquella tarea harto erótica) rozaban la epidermis de la dislacerante camarerilla esta chillaba de placer y reíase a medias, poniendo los ojos mortecinos como oveja a medio degollar, en tanto repetía.

—¡Otro! ¡otro! Viejecillo! Otro!... Pónmele ¡aquí!...

IV

El bueno de Nicasio, el dueño del cabaret ya célebre y conocidísimo entre la gente *bien* de los madriles, estaba a las duras y a las maduras: quiérese indicar con esto que aunque gustábale como al que más la carne femenina, agradábanle aún más los discos metálicos con busto de reyes tanto antiguos como de los más actuales.

En fin, que por cincuenta duros hubiera vendido no un alma sino una docena de ellas (al poseerlas, al rey del Averno, el divertido y tan conocido señor de Mefistófeles).

Por ello tenía echados sus aparejos de pesca en aquel mar o por lo menos en

aquel río de placeres sin límite, que era su estimado cabaret *Souper-Schottis*. Donde veía un pez gordo, allí echaba el anzuelo. Aquel Malvino, el pendejo chulo que la Pepa exhibía como si fuera un dije precioso, le traía de cabeza; pues a cada dos por tres temía se le presentara a cobrar el barato, como es uso y ley en esa laya de tipos despreocupados y repulsivos.

—Hola, Malvino. ¿Se negocia mucho con las prendas?

—¡Pse! Ayer en la Caja ingresemos no más que veintitrés beatas y unas perras ¡eso pinta mal!

—¿Pero tienes tu que ver en esa caja de Préstamos?

—Caray! Quien corre con los libros, sino!

—No lo sabía... Anda ahí tiés a la Pepa.

—Ya la veo... Cuidao que estás *apestecible!*

—¡Cómo dices!

—*Prenuncio mal!* Pus me da lo *mismi!*... Toma.

—Que me das ahí?

Esa papeleta: es de tus aretes de perlas. Ya ves que soy *cuasi* honrao del too. *Antiyer*, uno de esos aprovechaos, que los hay, me ofrecía catorce *plumitas* del ala por el papelillo.

—Pa chasco! Y tú?

—¡Yo!... Yo estoy demasiao comprometío con tigo *pa* hacerles caso a ciertos boquerones ¡Ele! Por que se puede!

—Dispense usted mozo!

—No hay de qué, doña Urraca. M'has desconjuntao esta clavícula... Siento que no te llames Socorro, siquiera, mujer!

—¿Por qué so ganso?

—Pa que me llevaras a *curarme* la pupa a tu domicilio.

—¡Ju, ju! Que risible... Mira a mi tu ¡memflis!

El la aplicó un papirotazo, seguido de un beso de esos de «película» en la nuca.

¡*Tableau*, enseguida!

La Pepa que remanga la faldamenta a la *Peque*, la «mariposa» de turno en aquellas mesas, que era la que iba buscándole las vueltas al Malvino, para usufructuarlo una temporadita y así quitárselo á la Pepa; sale a relucir la magna carnación de retaguardia de la robusta moza, ambas se lían a zurras y a mogicones.

Divertidísimo espectáculo: al suelo con ellas... Pompido, el pianista que «ejecuta» un pasodoble encima de la «Peque», se pespuntea unos panaderos encima de la Pepa, administrándolas un sobajeo morrocotudo. Ellas se tienden a cuerpo gen-

til alzándose las ropas para facilitar la tarea.

—¡Bien por el pianista!

—¡Ole, Pompido! ¡Esos arpegios en la epidermis me resultan mejor que en el teclado, mi palabra!

—¡Embusterona!...

—¡Charrana! Mala hembra.

—Te he de arrancar lo menos dos mil pelos del...

—¿De dónde? ¡so escuchimizá! ¡Só hampona!

—¡Del moño por lo que se vé!...

—¡Mírale! Mejor que el tuyo...

A todo ello, Malvino, el chulón recalcitrante con un gesto de «ahi me las den todas» contemplaba el incitante cuadro plástico. Nicasio se reía complacido, pues sabía cuanto halagaba aquello a sus parroquianos.

Estos disfrutaban lo indecible. Todo el mundo gozaba, hasta las mismas protagonistas al sentirse sobajeadas por Pompido, quien las administró, como se ha dicho, un recorrido fenomenal, le besaban, le achuchaban, hubieran querido sorberle como si fuera un quesito helado.

Aquello de haber logrado don Anselmo expansionarse en el cuerpo de la gitanaza Belona cuantas veces le sobreexcitaba Pe-

pa con sus carantoñas, con sus mordisqueos, con sus besos lúbricos en plena boca, acabó por no saber donde se encontraba el vejete rumboso, si en el cielo o en la tierra.

Ya casi había olvidado a la salpimentada Pepa, cuando de la noche a la mañana el marido de aquella, Nicasio, como es sabido, propietario del cabaret, la espetó la siguiente andanada.

—Tú verás, ¡Pepona de mis entretelas!... Estoy pero que casi del tóo arruinado. *Sagunto* y *Pompeya* son dos escenas de sainete comparao con el estado actual de mi gaveta... ¡Con qué, tú verás!

—¿Que es lo que he de ver?

—Que por causa tuya, o por no venir ya con tanta *asiduidaz* ese vejestorio, el tío ese que derramaba no hace mucho la *pasta* a espuertas, los gastos se me comen vivo y ¡vamos que esto es el fin de Sodoma y Gomorra o cosa así.

—¡Oye, nene; ven acá!

—¿Qué va a ser? Una trola de las tuyas, como si lo viera.

—Nada de trolas.—(Alzándose las ropas hasta dar con su pecadora diestra en la sabrosa liga de satén verde que oprimía deliciosamente el comienzo del hermosísimo muslo).

—¿Me vas a enseñar las formas ahora? ¡Bonita ocasión!

—¡Luz! ¡Ya lo ves!... ¡Cuasi un «arco voltaico»! Cuarenta duritos, justos y cabales.

—¡Puñales!... M'has salvao ¡negra! ¡Que m'has salvao!

—Con esos tendrás pa esta noche; que te sirvan de fondo pa'l juego. Luego Dios dirá.

***

Pero aquella noche, nefasta como las anteriores, para Nicasio, fuéronse las doscientas pesetas a los bolsillos de los más avispados.

Nicasio desesperado dijo unas palabras al oído a la Pepa.

—¿El beso que hace *cuatro*, dices?... Pero ¿lo has reflexionao? Mira que han tocao a adornar cabezas y tú, Nicasín mío, no ties la pinta de ciervo precisamente.

—No importa. Déjate de pamplinas. Ya he mandao al *botones* a casa de don Anselmo con una tarjetita tuya respaldá con un ¡tamaño como una cama de matrimonio.

—¿Y quies suponer que lo entenderá el hombre?

—Tú déjate ver en casa *tía Nasia*, a eso de las once sin falta y lo demás corre de mi cuenta.

***

Cambiada la decoración, aparece una alcoba bastante cursi, ornada de un papel bastante barato y de unos muebles correlativos a lo indicado.

Don Anselmo ha recibido la esquelita que contiene estas solas palabras:

«Amiguito: Es pa esta noche a las once el tan esperado beso número 4. Allá usté si falta en casa la tía Nasia».

Echando bombas de impaciente y con ganas de pelea erótica está nuestro sesentón esperando en la alcoba, arrellanado en un butacón de gutapercha. La espera es corta. Dan las once en un campanario vecino.

Menudos golpecillos con los nudillos en la puerta.

—Adelante quien sea.

—¡Soy yo, ratón mío!

—¡Pepa! ¡Cielín!

—¿Ves cómo todo llega?... Anda, nene. Entre tanto repite tus achuchones, como hasta ahora.

—¡Oh, sí!... Pero ¿no te aligeras?

—¡Cómo no, rey de la sal!... ¡A eso voy!

Pepa iba quitándose prendas de ropa. A poco, sólo la fina camisa cubría su escultural estátua, carnosa y rutilante, como tallada en el más divino alabastro vivo.

Don Anselmo se arrodilló ante aquel cúmulo de bellezas.

Cuando ya había probado el sabor de los ricos senos una vez más, del ebúrneo cuello más ondulante que el del cisne de Leda, ábrese con estrépito la puerta, aparece un energúmeno empuñando sendo vergajo, cae éste en la nuca del pobre don Anselmo, quien viene al suelo con toda su pobre humanidad, hecho casi un aerolito inerte.

Nicasio, pues era él el interruptor, fingiendo a maravilla el papel de marido burlado, y blandiendo de nuevo la estaca, procura reanimar al vejete, ayudándole a levantarse y luego espeta con acento irritado:

—¡Granuja! ¡Pelambre!... ¡Traidor al tálamo conyugal!... ¿Qué mereces ahora di?... ¿Así es cómo te comportas con las consortes de tus amigos? ¡Te he de finiquitar! ¡Mal bicho!

(Los ojos se le salían de las órbitas; si sería excelente cómico el extabernero).

—No: por Dios, Nicasio... Ha sido un pronto... ¡Deseo indemnizarte!... No amagues a mi físico que todo se arreglará!

—¡No hay arreglo posible!

—¡Demonio!... A mí no me duelen prendas. Habla ¿qué es lo que bastará para indemnizaros?

—Vamos: bueno... A ver si se aviene usté a firmarme este pagaré de cinco mil durejos... Poca cosa. ¿Nos damos por *sastifechos*, tú, mala zorra?

Pepa la aludida, cambió una mirada de triunfo con su marido.

Este triunfaba, con el truco del adulterio ¡no consumado siquiera!

El pobre don Anselmo, por temor al escándalo, puso su firma al pie del pagaré que ya traía aparejado el extabernero.

—¡Qué lástima, Pepa!—lamentaba el infeliz sesentón.—¡Nos hemos quedado en los 3 besos y medio! ¡Qué se le va a hacer! ¡Paciencia!

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres turantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos. ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Tri..i.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido.—¡Vivala faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres **Barcelona - Buenos Aires**